

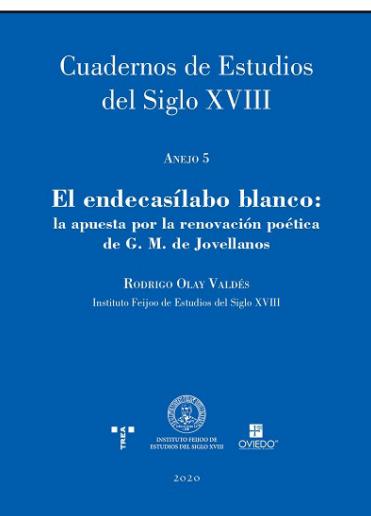
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 27 (2021)

Rodrigo OLAY VALDÉS (2020), *El endecasílabo blanco: la apuesta por la renovación poética de G. M. Jovellanos*, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII – Ediciones Trea (Anejos de *Cuadernos de Estudios del Siglo XVIII*, 5), 135 pp.



El endecasílabo, desde que en las primeras décadas del siglo XVI se asienta en la Península ibérica, motiva toda una serie de reflexiones teóricas orientadas a valorar el grado de acomodación del verso toscano a la lengua castellana. Juan Boscán, en la *Carta a la Duquesa de Soma*, expresaba así los recelos de sus contemporáneos respecto del nuevo metro:

Los unos se quexavan que en las trobas de esta arte los consonantes no andavan tan descubiertos ni sonavan tanto como las castellanias; otros dezían que este verso no sabían si era verso o si era prosa, otros argüian diciendo que esto principalmente havía de ser para mugeres y que ellas no curavan de cosas de sustancia sino del son de las palabras y de la dulçura del consonante.

La monografía *El endecasílabo blanco: la apuesta por la renovación poética de G. M. Jovellanos* escrita por Rodrigo Olay Valdés profundiza en el análisis de la recepción e implantación del endecasílabo en España acotando su estudio a unas coordenadas espaciotemporales y estilísticas precisas: el siglo XVIII y la versión en verso suelto, es decir, sin rima. En particular, propone llevar a cabo una revisión de las ideas y los

usos métricos utilizados por Gaspar Melchor de Jovellanos atendiendo, por un lado, a un corpus de cartas redactadas por el gijonés entre 1773 y 1797, y por otro, al conjunto de poemas que este compuso a lo largo de su vida y que han llegado hasta nosotros. El epistolario, pese a no ser un cauce de difusión habitual de preceptiva literaria, constituye «un verdadero manual práctico» ya que no solo sirve para describir formalmente el endecasílabo blanco, sino que a través de él también se detallan cuáles son sus aplicaciones. Además, al estar dirigido a varios poetas contemporáneos —Juan Meléndez Valdés, Diego Tadeo González, Carlos González de Posada, Francisco de Paula Caveda Solares y Ramón de Posada y Soto—, evidencia el deseo de Jovellanos por ejercer un magisterio sobre sus compañeros de generación. La citación de los poemas sigue de cerca la edición crítica de José Miguel Caso González hecha en 1984, aunque con las modificaciones pertinentes acerca de la atribución de composiciones.

Como patentiza el título, el fin último del ensayo es demostrar la predilección de Jovellanos por el endecasílabo blanco, lo cual, a su vez, es un signo inequívoco de modernidad literaria. Sirve de inspiración al autor la investigación análoga realizada por John H. R. Polt en *Batilo: estudios sobre la evolución estilística de Meléndez Valdés* a propósito del heptasílabo. Con ello pretende «contribuir con un tramo más a la deseable *Historia de las formas poéticas en España*» que en su día se propusiera componer José María Micó.

La estructura del ensayo se compone de varias partes: índice, el análisis interpretativo propiamente dicho, veintiuna tablas explicativas, dos apéndices finales —la *Loa a Campomanes* (1790) atribuida a Jovellanos y un listado de poemas y variantes—, bibliografía e índice onomástico. De todas estas secciones, destacan por su explicitud los «esquemas-resumen», que son en sí mismos una aproximación minuciosa al universo métrico jovellanescos. Las reflexiones teóricas, al estar sustentadas en cálculos numéricos, agradecen estar acompañadas de un soporte gráfico que facilite el seguimiento de las informaciones dadas. A partir de aquí, siempre que se nos proporcione un dato concreto, vamos a encontrar una tabla que justifique con cifras dicha aserción: por ejemplo, al estudiar la evolución de las preferencias métricas de Jovellanos, vienen indicados el tipo de estrofa, el número de poemas en los que aparece cada una, el porcentaje sobre el total de poemas que le corresponde, el número de versos y el porcentaje sobre el total de versos. Todo esto además teniendo en cuenta los poemas originales y los totales, es decir, los que incluyen las composiciones atribuidas e inacabadas. El resto de propuestas siguen este mismo método explicativo.

A juicio de Rodrigo Olay, la predilección de Jovellanos por el endecasílabo blanco responde a un intento por dejar atrás la poesía anacreónica, el modelo lírico más frecuente en los primeros tiempos de la Ilustración española. La elección del verso de once sílabas se debe a que este «es el único verso de arte mayor en el que la acentuación es móvil y ofrece hasta cinco posibilidades de colocación». Aprovechando esta capacidad de adaptación, Jovellanos idea un sistema basado en la sustitución de la rima por el ritmo mediante la combinación de pies métricos. En función del lugar donde se coloca la cesura, que en la teoría métrica jovellanista equivale al acento principal del verso unido a la breve pausa que le sigue, se establecen cinco clases de endecasílabos, siendo la preferida del poeta aquella que la presenta en la quinta sílaba (accento llano en la sílaba cuarta, estructura 5+6). Nótese el carácter innovador de la propuesta, pues hasta ese momento todos los tratadistas que habían intentado clasificar los diferentes tipos de endecasílabo se habían limitado a tener en cuenta el acento principal y los secundarios, estableciendo a partir de ahí la clásica taxonomía de endecasílabos enfáticos, heroicos o melódicos. A continuación, Jovellanos establece una serie de combinaciones métricas que valen para conseguir un efecto de armonía y musicalidad en ausencia de la rima. Al decir del autor de la

monografía, la «regla fundamental» es que «en las cuatro cesuras principales, las pares funcionan mejor con las pares y las impares con las impares las agudas con las agudas y las llanas y las llanas». También sistematiza Jovellanos cuántas veces deben repetirse dichas mezclas. Aparte de todo esto, determina «otros principios de armonía no cuantitativos» que buscan evitar cacofonías, tales como la brevedad léxica, la acomodación de los sonidos de las consonantes y de las vocales al sentido del verso, la renuencia a acabar los versos con voces agudas o esdrújulas etc.

Establecido el armazón conceptual, queda comprobar si Jovellanos llevó a la práctica todos estos principios o si solo se dedicó a especular sobre ellos. Lo cierto es que la estrofa más utilizada a lo largo de su carrera es el romancillo, típica del género anacreónico, que llega a representar un 37,38 % de su producción cuando se tienen en cuenta solo los poemas originales, 30,66 % si atendemos a los cómputos totales. No obstante, si nos referimos al número de versos, el endecasílabo blanco descuelga por encima del resto, llegando a superar en casi tres mil al romancillo hexa y heptasílabico. Vale la pena hacer notar también que, según observa Olay, con el paso del tiempo «Jovellanos cada vez escribe menos tipos de versos y [...] estos llegan a ser casi exclusivamente endecasílabos blancos». Es decir que, aunque en términos generales pueda observarse una preponderancia parcial del romancillo al ser la estrofa más utilizada en los poemas, si atendemos a la evolución diacrónica vemos que desde 1780 la apuesta por el endecasílabo blanco se consolida. Igualmente, en lo que respecta a la rima, la asonante es la más común, de nuevo por las composiciones anacreónicas, pero en el cómputo general predominan los versos sin rima, la mayoría escritos en endecasílabos. La ventaja del verso blanco endecasílabo queda confirmada de manera incontestable por el hecho de que tres de los cinco poemas que publica en vida están escritos siguiendo este patrón métrico. De la misma manera, Rodrigo Olay comprueba que la aplicación de la propia teoría también afecta a la combinación de las cesuras, ya que Jovellanos paulatinamente va decantándose por situarla en la quinta sílaba, esto es, la que él mismo había definido en sus cartas como la más acordada.

En cuanto a la evolución del aspecto cualitativo, comprobamos que existe variedad en el tratamiento que Jovellanos le da a su propio sistema: las rimas internas y las asonancias, por ejemplo, son más frecuentes de lo que deberían, mientras que sí se esfuerza por evitar los adjetivos y las palabras agudas o esdrújulas al final del verso. De esta situación concluye Olay que Jovellanos se interesó más por la parte cuantitativa que por la cualitativa de su sistema métrico. Pese a ello, algunas de las innovaciones más trascendentales pertenecen al plano puramente estilístico, como el empleo de un léxico apegado a la realidad del momento, que claramente preconiza uno de los caracteres más repetidos de la poesía moderna.

Aunando todas estas fórmulas Jovellanos piensa poder contestar las acusaciones de prosaísmo que todavía se vertían contra el endecasílabo en la segunda mitad del siglo XVIII, que podrían haber sido si cabe más acerbias en este caso al tratarse de un verso no rimado.

Los resultados de esta investigación trascienden los límites de la figura del propio G. M. Jovellanos para demostrar que la poesía ilustrada, lejos de ser un «jardín clausurado y artificial», incorpora elementos conducentes a alcanzar la modernidad literaria. Ciertamente, la confianza depositada por el gijonés en el potencial estético del endecasílabo blanco constituye un avance del que va a ser el itinerario poético durante buena parte del siglo XX, cuando este tipo de metro sea el preferido de muchos escritores y escritoras. En consecuencia, *El endecasílabo blanco: la apuesta por la renovación poética de G. M. Jovellanos* es sin duda un título relevante en el marco de los estudios dieciochistas, pero tampoco

deberían pasar por alto su publicación los interesados en indagar acerca de los orígenes de la poesía moderna española.

Claudia LORA MÁRQUEZ
<https://orcid.org/0000-0002-2038-3702>